LA UNIDAD QUE NOSOTROS QUEREMOS PARA LA VICTORIA

El pueblo está cansado de tantas cosas que se dicen de la unidad. De ella vienen hablándose sin interrupción desde la Prensa de todos los sectores antifascistas. Por ella vienen bregando teóricamente todos los partidos. Las consignas han ido cambiando, de acuerdo a las tácticas de las diferentes etapas partidistas, pero nunca nadie se ha proclamado enemigo de la más amplia unidad, de la más sólida unidad de todas las fuerzas que luchan contra el fascismo.

Unos han teorizado siempre alrededor de ese denominador común de todas sus consignas. Otros han debido soportar todas las consecuencias de una profunda convicción unitarista, haciendo concesiones de toda índole para no debilitar nuestras fuerzas en la lucha contra el enemigo común.

De cómo han sido inconsecuentes ciertos sectores con sus propias consignas y hasta dónde ha llegado la contradicción entre las posturas teóricas y la práctica política real de todos los días, hablan mejor que cuanto podamos decir, constreñidos por razones ajenas a nuestra voluntad, los acontecimientos que han tenido lugar en la retaguardia, los diversos hechos de carácter político que han debido soportar nuestras organizaciones libertarias y el proletariado revolucionario.

Como es notorio, se ha operado un cambio de posición táctica en aquel sector político que se ha distinguido por ser el más audaz —al amparo de circunstancias muy especiales— en la obra divisionista, en la ofensiva llevada a cabo, con el resultado por todos conocido, para tomar posiciones en los diferentes medios de dirección, desplazando de ellos, para actuar libremente, a las fuerzas más positivas, más responsables, del bloque antifascista. Este cambio de táctica ha situado el problema de la unidad en un nuevo período de probable resolución, puesto que de hecho, hasta ahora, la unidad efectiva no ha dejado de ser una aspiración entrañada en nuestro pueblo, que no ha podido convertirse en realidad, precisamente, por la actuación de los partidos prisioneros de su propio sectarismo.

Ahora se propicia la formación del Frente Popular Antifascista. Se señalan como ejemplos los de aquellas localidades en que se ha concertado dicho Frente y se brega «periodísticamente» por la realización de la alianza en la órbita nacional. Para la C. N. T. y para los anarquistas se tienen palabras cordiales, aunque matizadas de mal disimulados ataques a ciertos defectos que nos aconsejan suprimir para alcanzar las virtudes de cosa perfecta. Y se plantea como indispensable la cooperación permanente de las organizaciones libertarias, aunque hay una confusa serie de definiciones en que los partidos que se dicen fervientes adoradores de la unidad, no se ponen de acuerdo en las cuestiones de fondo. Por ejemplo, en la eficacia del Frente Popular. O en la participación o no de la C. N. T. en la dirección política. O en la proporción de fuerzas que existe entre las que están agrupadas en las organizaciones sindicales y las que pertenecen a los partidos que disputan a aquéllas la primacía en potencialidad. O, para no citar más casos de divergencias, en lo que respecta a las bases y al programa de acción del Frente Antifascista a formalizarse.

Para nosotros, que hemos venido observando las numerosas contradicciones de los elementos políticos que han logrado el desplazamiento de las organizaciones proletarias del Gobierno por razones exclusivamente políticas, la unidad no será el fruto de nuevas propagandas demagógicas, tras las que el mismo sectarismo de partido dictó los pasos a dar, con la mirada elevada en planes que, de ser realizados, agravarían aún más la situación. Mientras no se aclaren bien las posiciones, mientras se insista en exigir deberes sin reconocer derechos a nuestras organizaciones, mientras no se pase de la teoría a la materialización de un programa común, aceptable por todos, respetuoso para todos, que anteponga por encima de los intereses de fracción el supremo interés de ganar la guerra, la unidad no dejará de ser un tópico, una palabra o una consigna para fines de partido, vale decir, para fines contrarios a los del pueblo antifascista.

Unidad antifascista que reconozca la hora revolucionaria que vivimos; unidad que reconozca la fuerza de las organizaciones sindicales; unidad que imponga a todos la igualdad de condiciones en el sacrificio; unidad que no haga absurdas interpretaciones sobre el lugar de los partidos y de las sindicales ante el problema de gobierno; unidad que valorice en su verdadera fuerza al proletariado organizado, dando a sus centrales específicas de productores la debida participación en la dirección de la guerra y de la vida política del país; unidad que signifique la movilización de todos los partidos y organizaciones antifascistas para cumplimentar un programa concreto en el orden económico, militar, de orden público, de justicia, de propaganda y acción internacional, etc.; unidad que reponga en la España antifascista las energías que han sido consumidas por una lucha vergonzosa en que no se tuvo en cuenta para nada el sacrificio del pueblo, encegueciéndose ciertos sectores por el afán suicida de hegemonía; unidad, en suma, que levante en la retaguardia el espíritu de las masas populares, que fomente la moral y el entusiasmo indispensables para lograr la victoria, que destruya sin contemplaciones los focos de la contrarrevolución, de la especulación, de la política desleal y antiproletaria, es la unidad que nosotros queremos, por la que nosotros estamos dispuestos —como siempre— a volcar nuestros esfuerzos, junto a todos, dejando de lado, en bien de la lucha que sostenemos, las dolorosas heridas, los agravios y los atropellos que han castigado, que castigan aún a nuestro movimiento.

Que se hable claro y que claramente se proceda. Que se diga de una vez si el proletariado revolucionario de España ha de dejar a los partidos políticos —como si nada hubiera pasado después del 19 de julio, como si no estuviéramos en plena guerra revolucionaria— que hagan y deshagan, limitándose a obedecerles...

Que dejen las frases y las consignas paso a los hechos. ¿Hasta cuándo vamos a decir: HECHOS, HECHOS Y HECHOS, amigos?...

Nuestro compañero Pedro Alcocer Gil

Libros de vital importancia, que no deben faltar en la biblioteca de un buen militante anarquista

	Rústica	Tela
«DE JULIO A JULIO» (balance de un año de la revolución)	4'—	6'—
«COLECTIVIZACIONES» (estudio analítico de la obra constructiva de la revolución española)	3'—	5'—
«ENTRE LOS CAMPESINOS DE ARAGON» (un libro que demuestra cómo los campesinos han realizado el régimen colectivo en los pueblos de Aragón)	1'50	3'—
«APUNTES DE SOLIDARIDAD OBRERA» (proceso histórico de la Revolución española)	5'—	8'—
«MUSSOLINI A LA CONQUISTA DE LAS BALEARES» (un estudio de la actuación del fascismo italiano en preparación de la subleyación militar en España)	6'—	9'—
«LA TRAGEDIA IBERICA» (por Gonzalo de Reparaz. Valioso estudio de la historia política de España)	7'—	9'—

A ADQUIRIR EN TODAS LAS LIBRERIAS Y QUIOSCOS

Editorial «TIERRA Y LIBERTAD»
Calle Unión, número 7
BARCELONA

UN PROBLEMA DE FONDO PLANTEAN LAS JUVENTUDES LIBERTARIAS DE CATALUÑA

Que se ponga fin a la política de represión;
Que se respete a las organizaciones libertarias;
Que la unidad de la juventud antifascista se asiente sobre la lealtad en los procedimientos, para ganar la guerra y para hacer la revolución.

En el Congreso de las Juventudes Libertarias de Cataluña, que se ha realizado con la concurrencia de numerosas delegaciones de todas las comarcas y que ha estudiado los problemas más importantes de la hora actual, se han manifestado los jóvenes anarquistas con la objetividad que les ha facilitado el contacto con los acontecimientos que han debido presenciar en sus respectivas comarcas.

En las propias bases del acuerdo sobre la Alianza Juvenil Antifascista, punto de vital trascendencia que el Congreso estudió con el calor nacido de las diversas interpretaciones existentes, están concretadas las aspiraciones más sentidas y apremiantes de nuestras Juventudes, que se han pronunciado a favor de la unidad de los jóvenes antifascistas, a condición de que se ponga fin a un estado de cosas que en el Congreso se han expuesto y que, por razones comprensibles, no nos es posible señalar ni comentar en todos sus detalles aquí.

Nosotros venimos sosteniendo que sólo el respeto a las fuerzas revolucionarias, de las que las organizaciones sindical, específica y juvenil del anarquismo son expresión indiscutible en España y particularmente en Cataluña, podía facilitar los objetivos que se manifiestan en diferentes sectores sobre la unidad en la retaguardia, sobre la moral de guerra, sobre la esforzada acción del pueblo en esta hora de gravedad suma. Y los jóvenes libertarios al reclamar de las Juventudes, pertenecientes a un Partido que se ha caracterizado por su política antianarquista, que fijen su posición frente a los hechos que denuncian y para los que exigen solución, no hacen sino expresar la aspiración de la juventud revolucionaria de Cataluña, cuyos antecedentes y cuya trayectoria en nuestra guerra le dan la fuerza moral necesaria para que su voz sea escuchada y sus deseos satisfechos.

No escapará al sentido común de nuestros lectores, que nos referimos a ciertos hechos que han coincidido en agraviar y perjudicar a nuestras organizaciones y militantes. Cuando se va a concertar un pacto de alianza, lógico es que exista entre las organizaciones pactantes la confianza y el respeto que hagan posible la acción común. Y no pueden las Juventudes Libertarias concertar la unidad para ganar la guerra y hacer la Revolución —centro de las bases de unidad de la Alianza Juvenil Antifascista nacional—, si no se renuncia por parte de las otras organizaciones a la política que ataca, que hace imposible la convivencia fraternal y la acción común.

La voz sincera de las Juventudes Libertarias de Cataluña ha salido de este Congreso regional en forma de proposición concreta. No estamos en momentos que permitan dilaciones. Nuestros jóvenes quieren la unidad. Pero la condicionan a una práctica de lealtad y de respeto, y, en consecuencia, a la posición que adopten las otras Juventudes ante sus Bases.

Con el reclamo de nuestras juventudes, se alza el de todos los trabajadores revolucionarios, el de todos los antifascistas que anhelan para nuestra retaguardia una unidad sólida, que supere los trágicos acontecimientos que la han destrozado por el imperio de una política sectaria, por las ambiciones de quienes no han querido comprender que en Cataluña y en toda España no habrá victoria posible si se insistiera en atacar al movimiento libertario, que tiene raíces profundas en nuestra tierra y que ha demostrado su potencialidad antes, durante y después del 19 de julio.

Venga pronto la Alianza de las Juventudes Antifascistas de Cataluña, para vigorizar la que se ha establecido en el plano nacional. Para ello, ahí está la palabra cálida, sincera y apremiante, del Congreso de las Juventudes Libertarias.

19 de JULIO LEVANTINO

por Juan López

(Conclusión)

TRAS LA INCERTIDUMBRE POR LA ACTITUD DE LA GUARNICION

Para terminarla la semana y los cuarteles seguían cerrados. La sublevación, sorda, constituía ya un verdadero peligro. El Comité Ejecutivo, ya por unanimidad independiente de la autoridad del señor Esplá y de la Junta Delegada, no estaba conforme con la situación que se creaba en Valencia. Tenía noticias de las gestiones que se hacían en los cuarteles. De los diálogos entre los sublevados y la Junta Delegada del Gobierno. Pero el pueblo exigía que las fuerzas militares se declararan de una vez en favor del régimen y salieran a luchar contra los sublevados. Los días eran siglos.

El Comité Ejecutivo visitó a los comandantes de los dos buques de guerra anclados en el puerto de Valencia, para informarles de la situación y de su propósito de terminar con la actitud de rebeldía de la guarnición de Valencia. Y, al mismo tiempo, para comunicarles que esta determinación iba a ser comunicada a Martínez Barrio, planteándole el dilema de que, o se terminaba en plazo breve con aquella situación, o el Comité Ejecutivo asumía bajo su responsabilidad el mando y requería a la Junta Delegada para que se ausentase de Valencia. Se celebró esta visita. Y en la habida con Martínez Barrio, éste nos pidió un margen de confianza en sus gestiones, a fin de llevarlas a último término, y si, contrariamente a lo que él suponía, éstas fracasaban y los partidos del Frente Popular le retiraban su confianza, él cogería el portante y se trasladaría a Madrid.

UNA EXPEDICION DESGRACIADA Y LOS ACONTECIMIENTOS EN LA REGION

Las relaciones del Comité Ejecutivo con la Junta Delegada del Gobierno se mantenían con mucha tirantez. Significaban dos autoridades y dos orientaciones contradictorias. Algún día, cuando la Historia pueda dar su fallo, se comprobará de parte de quién estaba la razón. Sin querer regatear el aplauso a todo lo que fuera acierto, no olvidaremos nunca aquella expedición organizada para ir sobre Teruel, compuesta de guardia civil y de milicianos, sin duda alguna, que fueron ajusticiados por la guardia civil que integraba aquella columna, cuya composición no ofrecía las garantías que fueron aconsejadas por el Comité Ejecutivo. El acuerdo del Comité acerca de la columna que fué sobre Teruel, compuesta de guardia civil y de milicianos, era de que dicha columna había de ser integrada de tres octavas partes por milicianos y una cuarta parte de guardia civil. En cambio, se hizo completamente al revés. La integraron una cuarta parte de milicianos y tres cuartas partes de guardia civil. El resultado fué que antes de llegar a Teruel, la guardia civil asesinó a los milicianos y se pasaron con armas y bagajes al enemigo. Constituyendo aquel número de la guardia civil la base militar de Teruel en aquellos primeros momentos.

En los primeros días de la segunda semana del movimiento, en Valencia se iba solucionando la situación. La guarnición de Játiba, de Alcoy y de Alicante, se puso a nuestro lado. El sargento Fabra, del Regimiento de Ingenieros de Valencia, al frente de los soldados de dicho Regimiento, se enfrentó contra los mandos reaccionarios y poniendo todo el Regimiento al lado del Gobierno. Pero la guarnición de Valencia seguía encerrada en sus cuarteles. También en la capital levantina, al lado de las autoridades de la Junta Delegada del Gobierno, se había visto al distinguido Director General de Seguridad,

AL FIN, LA UNICA SALIDA: EL ASALTO A LOS CUARTELES

El Comité de huelga unificado había acordado el reintegro al trabajo, a excepción de los servicios de tranvías y taxis. Pero los trabajadores se resistieron a entrar en el trabajo mientras no se despejara la situación en los cuarteles. Aquella tarde, fumes, se hizo correr el rumor de que se había sublevado el Regimiento de Caballería sito en la Alameda y el rumor tuvo visos de realidad frente al Gobierno civil, donde se oyeron disparos, se vió correr al público y las fuerzas que montaban la guardia en el Gobierno civil tomaron toda clase de precauciones. El Comité Ejecutivo, en vista de aquella situación a todas vistas insostenible y ante la amenaza de un golpe de audacia de los militares sublevados, acordó nombrar un Comité reducido con atribuciones para hacer frente a la situación. Dicho Comité fué integrado por López, Tejón y Benedito. Inmediatamente se instaló en el Ayuntamiento, tomando medidas, de acuerdo con las organizaciones, para dirigir la lucha contra la posible esterilización del movimiento fascioso en Valencia... Pero no sucedió nada.

Oficiosamente se hizo un viaje a Madrid para exponer al Gobierno la conveniencia de que diera órdenes inmediatas a las autoridades militares de Valencia para que entregasen las armas depositadas en el Parque, y que eran necesarias para luchar contra los fascistas. También se expuso en esta visita la tirantez de relaciones que había con la Junta Delegada del Gobierno, la contraproducente de la actuación de ésta y la necesidad de que se ordenara su salida de Valencia para dejar un mando del Comité Ejecutivo que representaba a todas las organización, la dirección de la lucha. En esta visita oficiosa se dió conformidad a nuestros deseos. Creo que se dieron las órdenes de entrega de las armas, aunque éstas no fueron entregadas. Pero, como el pueblo valenciano no podía tolerar un momento más aquella sublevación sorda, en la noche del sábado se decidió asaltar los cuarteles para apoderarse de las armas y reducir a los mandos facciosos.

EL COMITE EJECUTIVO, AUTORIDAD INDISCUTIBLE

La historia de la conducta de los militares de la guarnición de Valencia la escribirá un día. Pero no dejaremos de decir hoy que al frente de todos los militares leales, maestros colocamos las figuras del capitán Uribarry, Sierra, Miralles, el sargento Fabra, el coronel Arín y el organizador del frente de Teruel: José Benedito.

Después de asaltar los cuarteles, a los quince días de producirse el movimiento, Valencia y la región pudo respirar y dedicarse a organizar la ayuda de los camaradas que luchaban en los frentes. Se dimitió definitivamente al gobernador Salsona. La Junta Defensa, siendo ya incompatible con el Comité Ejecutivo, trasladó sus poderes al Comité, constituyéndose ésta como autoridad máxima de la provincia bajo la presidencia del coronel Arín, nombrado gobernador de Valencia. El Comité Ejecutivo Popular quedó integrado por un representante de cada partido y por dos de cada central sindical. Bajo la dirección de aquel Comité, comenzó a organizarse la vida en Valencia y las columnas de milicianos para el frente de Teruel.

Quedaba atrás quince días de confusionismo, de vacilaciones, de desorganización, de facciosos para ir a no al asalto de los cuarteles. Quince días de lucha donde se daban la mano el heroísmo y la temeridad con la cobardía y el contubernio. Quince días de lucha contra la vieja España y el conformismo que había de morir, y la nueva España revolucionaria que nacía, luchando en Valencia una de sus más poderosas fuerzas.

Lo que costó derrotar a estos mercenarios asesinos, y la hazañas en momentos apre-

Una magnífica página de la revista UMBRAL

ECONOMIA DE GUERRA

EN LA PRODUCCION Y EN LA DISTRIBUCION DEBEN PRIMAR LOS PRINCIPIOS IMPLACABLES DE UNA ECONOMIA DE TIEMPOS DE GUERRA, PARA SEGUIR HACIENDO LA GUERRA, PARA CUANTO ANTES GANAR LA GUERRA

Han demostrado los obreros y los campesinos que son capaces de organizar y de administrar la producción por medio de sus organismos sindicales, estructurados de acuerdo a las nuevas funciones que han asumido desde el principio de nuestra lucha revolucionaria. En medio de las complejas situaciones creadas por la guerra en cada industria o especialidad, dentro de un marco de improvisaciones que debieron suplantar al mecanismo de la economía capitalista, enfrentándose, día a día, con problemas insalvables que fueron planteando las variaciones de situación en la lucha y que fueron agravadas por una reducción sistemática en materias primas y elementos indispensables para la elaboración industrial, los trabajadores prosiguieron su gestión económica empleando diversas modalidades de trabajo colectivo, pero sin coordinar, desde un principio, el conjunto de la producción de cada industria, ni menos, coordinar el total de la producción, de la distribución y del consumo, abarcando el amplio campo de una localidad, de una comarca, de una región y de toda la España libre del fascismo.

El desarrollo de las colectividades industriales, de las empresas explotadas por sus antiguos obreros, de las explotadas por sus antiguos patronos con el control obrero; así como el de ciertas y muy contadas industrias que aceptaron en seguida o a medida que la experiencia lo aconsejara, la socialización, no ha permitido superar el carácter parcial, y por lo tanto, antieconómico de las empresas industriales, fomentándose al mismo tiempo que un estado de estancamiento en el proceso de transformación en sentido socialista, una serie de intereses y de falsos conceptos entre los mismos trabajadores que con tanto fervor iniciaron su participación directa en la dirección de la economía. Como resultado de una serie de factores, a los que no son ajenos tampoco las duras críticas y la política antirrevolucionaria que sembraron la desconfianza y la desmoralización entre obreros y campesinos, nos hallamos ante una realidad en el terreno de nuestra economía nacional que dista mucho de ser la requerida por las circunstancias actuales, que no puede satisfacer las exigencias de una política auténtica de guerra, que debe tener en los resortes de la producción y de la distribución adecuadas los elementos vitales para su sostenimiento y para su prosecución hasta el triunfo de nuestras armas.

Por causas que tienen su explicación en el complicado problema político, y que hemos señalado repetidas veces, se ha hablado mucho de realizar una economía de guerra, pero, en verdad, se ha seguido por el camino de la rutina, pretendiendo justificarlo todo a costa de la inexistente incapacidad de los Sindicatos obreros, que son los que han hecho lo que hay en el aspecto de avance socialista, y que si han cometido ciertos errores, por imprevisión o inexperiencia, están siempre en condiciones de subsanarlos, por cuanto el mito de la incompetencia en materia de organización y administración ha quedado destruído por las indiscutibles realizaciones en marcha.

Respetando ciertos privilegios, fomentándolos para fines partidistas, oponiéndolos a los intereses de la guerra y de la Revolución, se ha impedido el desarrollo de una economía en la que rigieran principios igualitarios, por los cuales se pusiera a todos los consumidores en idénticas condiciones para la adquisición de alimentos, racionando estrictamente

¿Qué no se dijo contra la socialización, cuando nosotros la propiciamos como fórmula eficaz tanto por su rendimiento en la producción como por el valor moral que entrañaba en la distribución?

Para la guerra, la economía es lo esencial. Y para la economía de un país que debe apelar a todos los recursos naturales, a todas las capacidades, a todos los adelantos de la ciencia y de la técnica, a fin de dar solución a las enormes dificultades que se van presentando, satisfaciendo, sin interrupción, las demandas en material de guerra y en artículos de primera necesidad para los combatientes y la población civil, es absurdo suponer eficiente el método del aislamiento de carácter profesional, local, regional. Se impone, por encima de todo, en la producción y en el consumo, la coordinación en a órbita nacional, como se impone, como sistema, la aplicación de aquellos métodos de trabajo que rindan más, que satisfagan con menos gastos y con mayor rapidez, sin anular la calidad de los productos, cuanto es indispensable para la guerra misma y para la vida de millones de habitantes de la retaguardia.

Es urgente que entre los trabajadores prospere un concepto amplio, abarcativo, que comprenda el problema de nuestra economía de guerra en su inmensa gravedad. Es indispensable que cada obrero sepa que es un crimen pensar en sus propios intereses y ambiciones personales. La Revolución no ha querido ni quiere que se conviertan los trabajadores en nuevos privilegiados, en nuevos burgueses, que se consideren satisfechos por haber alcanzado un buen jornal y tener resuelto su propio problema. La Revolución pretende matar, por el contrario, el egoísmo, el espíritu de conformidad que impide nuevos avances en la transformación económica y social. La Revolución crea, por encima de todo, un sentido de solidaridad entre todos los productores.

Hay que extirpar el egoísmo y destruir el concepto localista que impide la acción coordinada, la ayuda mutua, que impide compartir todas las dificultades y poner también a todos en movimiento para hallar y materializar las soluciones. Hay que impregnar en la conciencia de cada productor, la responsabilidad de su condición de parte de un todo al que no puede desconocer, cuya suerte está ligada a la suya y a la que debe entregar sus energías y su entusiasmo. Ese todo es el pueblo de toda España, que hace una guerra, que debe ganar la guerra, porque lo contrario, sería perderlo todo, las conquistas que el egoísmo y la incomprensión de muchos consideran inmutables, las esperanzas de alcanzar la completa libertad, lo hecho y lo que por hacer queda en la Revolución que ponen en peligro todos los intereses particulares que se oponen a los supremos intereses colectivos.

Una economía coordinada puede lograrse a través de las Federaciones Nacionales de Industria y de su relación permanente a través de un organismo técnico apropiado. Una producción que suprima todo lo superfluo, que intensifique todo lo útil; un consumo en que se distribuya lo que hay con criterio equitativo; tales son las bases fundamentales que deben sustentar sólidamente la economía de guerra.

Frente a las maniobras contra la C.N.T.

La C. N. T. ha realizado desde los Municipios un trabajo fecundo

La C. N. T. no había sentido nunca ansias de colaborar en el régimen de la cosa pública. Eran los propios enemigos políticos los que nos echaban en cara nuestra condición de intransigentes y de refractarios. Nos decían que toda corriente popular había de responsabilizarse con el Poder, con tal de facilitar la vida normal de los pueblos en estado evolutivo. Nos decían toda lo que podíamos lanzarnos a unas actividades que no nos gustaban, porque sabíamos que eran malversadores del tiempo y también embrutecedoras. Pero cuando las libertades del pueblo español han estado a punto de perderse, hemos podido ver con qué coraje y con qué sinceridad el elemento confederal ha vuelto por ellas, y con qué entusiasmo ha entrado en las casas oficiales, no para entregarse al trabajo antiunitario y proselitista practicado por algunos, no para continuar el trabajo de provecho particular que distinguía a los Ayuntamientos antes del movimiento, sino para ayudar a reconstruir, según las normas revolucionarias, los intereses de la pública colectividad. La tarea de los delegados nuestros en los Municipios, la podrán apreciar debidamente aquellos opositores que juzguen las cosas con conocimiento y que estén libres de la concesión de unos intereses sacrificados en beneficio de la población.

Cortando a lo vivo y prescindiendo de escrúpulos innecesarios, el elemento revolucionario —hemos nombrado a la C. N. T.— ha realizado, desde los municipios un trabajo fecundo y de resultados tan positivos, que son el espanto de los negociantes y conservadores que hoy se amontonan febrilmente para formar un cuerpo único destinado, no a combatir al fascismo, sino a procurar el desplazamiento y el descrédito del organismo que no ha tenido en cuenta las ganas de enriquecerse que sienten unos señores ciudadanos, por tal de beneficiar a la clase trabajadora.

Cuando se haga el recuento de las actividades de unos y otros, estamos seguros que los representantes de la Confederación en los Municipios, serán considerados por los méritos de ciudadanía y de probidad que han contraído. Al contrario de lo que ha de pasar a los aprorechadores que, con la excusa de una representación política, se han olvidado incluso de que estamos en guerra, para intervenir nuevamente en las miserias de otros tiempos y en las actividades que rinden un provecho personal.

(De un artículo de Juan del Pi, publicado en «Catalunya», diario confederal de la noche).